



Emeterio Valverde Téllez

“Emeterio Valverde Téllez”

p. 95-114

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EMETERIO VALVERDE TÉLLEZ

ALOCUCIÓN

*pronunciada por el Ilmo. y Revmo. Sr. obispo de León...
al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos
Francisco del Paso y Troncoso,
la noche del 17 de enero de 1922*

Ilmo. Señor (Monseñor Sepúlveda):
Respetables dignatarios de la Orden de
Caballeros de Colón:
Señoras y señores:

ENTRE los estudios más seductores para el espíritu humano debe colocarse el de la historia, porque, además de los encantos propios de la indagación y el esclarecimiento de la verdad de los hechos, al construirla, al aplicarla a la sociología, y al exponerla, ya sea desde el libro o la revista, ya sea desde la tribuna o la cátedra, pueden y deben unírsele los primores de la ciencia y del arte.

Ciertamente, señores, la historia, adecuadamente considerada, es el relato de los acontecimientos pasados; pero no un relato como quiera, sino verdadero, científico, artístico y, sobre todo, filosófico. Los hechos pasados son el fondo, o, como dijera los escolásticos, son la materia prima de la historia; mas su presentación metódica y estética constituye su forma.

La filosofía, mediante una aplicación exquisita y especial de la lógica, prepara convenientemente la inteligencia del historiador, le educa y afina el criterio, y le dirige con reglas a la vez científicas, en orden a depurar de la herrumbre de las humanas pasiones la verdad de los hechos; a señalar las causas psicológicas y externas y sus positivas consecuencias; es decir, sus relaciones con hechos e ideas anteriores, concomitantes o consiguientes; a construir síntesis históricas o analizarlas en sus detalles; y a deducir al cabo

útiles enseñanzas que ayuden eficazmente a resolver los tan complicados, como arduos y urgentes, problemas sociológicos, y que, en fin, iluminen el porvenir de los pueblos y de la humanidad.

El arte por su cuenta encárgase de embellecer el relato, y de amenizar las lucubraciones y aplicaciones filosóficas; pero sin menoscabo de la verdad, sin bastardear el criterio, sin permitir que la labor degenera en novela por el predominio de la fantasía.

Así es como por maravillosa manera se armonizan en la historia lo verdadero, lo útil y lo deleitable, subyugando por lo mismo dulcemente el ánimo del investigador, del historiógrafo y de quien los lee o los escucha.

Considerada de esta manera, la historia es ya una verdadera ciencia, ciencia de origen relativamente moderno, puesto que data de la influencia ejercida por el criticismo filosófico en el valor subjetivo y objetivo del conocimiento, y en la reconstrucción de todas las disciplinas humanas.

San Agustín, con la intuición de su potente genio, adivinó y, con los recursos todos de que en su tiempo podía disponer, realizó una gran síntesis histórica en el libro intitulado *La ciudad de Dios*, llamando los acontecimientos del mundo a la unidad dentro de la religión.

Otro genio, el sublime orador Bossuet, en su monumental *Discurso sobre la historia universal*, supo demostrar con evidencia, cómo la Providencia Divina enderezó todos los sucesos del mundo antiguo a un fin supremo, porque fueron en conjunto una preparación para el advenimiento de Jesucristo; y cómo esa Providencia encamina los sucesos que caen aquende Nazaret, Belén y el Calvario a la realización del grandioso plan de la redención, que comprende no sólo al espíritu, sino al hombre todo; no sólo al individuo, sino también a la familia y a la sociedad; no sólo a la Iglesia sino a toda la humanidad.

El filósofo Vico creyó hallar y formular las leyes que presiden el desarrollo de los sucesos históricos; pero, si no me engaño, hízolo imponiéndoles cierta fatalidad, lo que no se compadece ni con la recta razón ni con el dogma religioso y filosófico de la libertad humana.

Pico de la Mirándola dijo este apotegma: “La filosofía busca, la teología halla, pero la religión posee la verdad”; y a mí me pare-

ce, señores, que lo que el célebre polemista y sabio eruditísimo concretaba a las verdades fundamentales, trascendentales y supremas de la ciencia y de la filosofía, cúmplase igualmente, y con no menos evidencia, en la historia. Quiero decir, que nada prepara y dispone mejor al ingenio para estudiarla y enseñarla que la fe; que nada rectifica mejor el criterio que la fe; que nada como ella derrama luz sobre la razón de ser de los acontecimientos históricos. El hombre es un abismo, la humanidad es un misterio, de abismo y de misterio participa la historia del uno y de la otra, y el simple filósofo no llega nunca a explicárselos suficientemente sin el luminoso y potente auxilio de la religión.

Os he expuesto, siquiera sea someramente, algunas de mis ideas sobre el concepto de la historia en general y sobre la filosofía de la historia, para que veáis de la una parte mi entusiasmo, y de la otra apreciéis la justeza con que aplaudo, y la fe con que bendigo el nobilísimo pensamiento del señor ingeniero don Jesús Galindo y Villa, de constituir un Centro de Estudios Históricos bajo el prestigiado nombre del eminente sabio don Francisco del Paso y Troncoso, centro que hoy solemnemente se inaugura, y que en adelante se sostendrá bajo los auspicios de la Benemérita Orden de Caballeros de Colón.

Todos mis respetables hermanos de la orden, y especialmente los asiduos asistentes a las ochenta conferencias que en el curso de los años de 1920 y 1921 sustentó en este augusto recinto el señor Galindo y Villa, conocen mejor que yo la competencia del eximio maestro, que cuenta con un opulento caudal de ciencia histórica adquirida en los libros y en los viajes, con un criterio recto, sereno y ejercitado, y con una fe ilustrada por el conocimiento de los dogmas y de la historia de la religión. Presupuestos tales elementos, y sobre todos ellos la ayuda de Dios, es lógico asegurar que el nuevo Centro de Estudios Históricos prosperará.

He dicho.



ALOCUCIÓN

*pronunciada en la distribución de premios del Seminario Conciliar
de la Diócesis de León, efectuada el 23 de diciembre de 1922*

Respetables sacerdotes:

Amados seminaristas:

Señoras:

Señores:

RECORDARÉIS, sin duda, que en nuestras alocuciones de premios, de preferencia, nos hemos ocupado en tejer el panegírico de alguna de las nobles ciencias o artes que se cultivan en este seminario. Y es, ¡oh jóvenes!, porque entiendo que, en la hora solemne en que acudís presurosos y regocijados a recoger la palma del galardón debida a vuestros afanes escolares, cuando los superiores, los maestros, los colegas de hoy y los alumnos de ayer, no menos que los cultos habitantes de esta ciudad episcopal, se congratulan con vosotros y aplauden vuestros triunfos, es natural que vuestra inteligencia y vuestro corazón estén mejor dispuestos para recibir, cual campo generoso y fecundo, la semilla de las enseñanzas y consejos de vuestro prelado, que os considera como una corona de odoríferas flores, como la más dulce esperanza de la santa Iglesia de León.

Deseamos en esta vez hablaros de un estudio sobre toda ponderación instructivo, encantador y educativo, el de la historia, cuyo conocimiento enriquece con verdades a la inteligencia, deleita con sus galas a la imaginación, forma con austeros ejemplos el carácter, da, aun en la juventud, la madurez de la experiencia y el sentido práctico del mundo, sin por esto haberse dejado arrollar por el torbellino de aviesas pasiones. Sí, trataremos de la historia, que norma el criterio para juzgar recta y justamente a los hombres y sus actos, da tino y previsión para conjeturar el porvenir, y provee de sabiduría y prudencia, para caminar con firmeza hacia la conquista de la verdad, del bien y de la belleza

moral; es decir, de la ciencia, de la virtud y de la felicidad temporal y eterna.

Nos alienta en la empresa el vehemente deseo de que nuestras palabras acaso despierten latentes aptitudes en alguno, a quien el cielo haya dotado de vocación para estudiar profundamente la historia, y de que, por lo menos, los que me escuchan sean cautos y discretos para leer los libros que de ella traten.

La historia, adecuada e íntegramente considerada, es la narración verdadera e imparcial de importantes acontecimientos pasados, señalando al propio tiempo las causas que los produjeron, las consecuencias que de ellos se siguieron, y las enseñanzas que al hombre proporcionan.

La simple enunciación de estas ideas convence de la necesidad de cada una de ellas, para poseer un concepto sintético de la historia, ya que ésta debe dar a conocer los sucesos pretéritos dignos de la recordación de las generaciones; pero ha de ser con acopio de datos y de pruebas; nunca con espíritu de partido, y siempre con inflexible lógica en el enlace de las relaciones entre las premisas, los hechos, las consecuencias y las leyes morales y sociológicas.

Los hechos constituyen el fondo primario de la historia; los hechos físicos, intelectuales y morales de personajes o corporaciones; pero hechos que influyeron en bien o en mal de los pueblos: los acontecimientos de la vida de los pueblos, o las manifestaciones de sus diversas actividades, pero acontecimientos de importancia trascendental para los mismos; y con mayor motivo los hechos y acontecimientos de toda una nación, de la Iglesia, de la religión, de las ciencias, de las artes, de la literatura, de la civilización, de una raza, de la humanidad toda.

Consiste la forma interna de la historia en la explicación de la razón de ser de los hechos, de sus resultados, de sus leyes y enseñanzas. No cabe duda, señores, así como existe una lógica subjetiva en el orden del raciocinio, también hay una lógica objetiva en los procesos de la naturaleza y en el curso de los acontecimientos; y el historiador, como el filósofo y el sociólogo, y como todo el que quiera discurrir con verdad y con acierto, debe estar muy despierto y vigilante para no incidir en alucinaciones y sofismas.

Mas, para juzgar como conviene del fondo y de la forma de la

historia, a saber, de los hechos, de su efectividad y causalidad, y de las lecciones que entrañen, de cualquier género que sean, requiérense buen talento y fino criterio histórico, que, en el caso, es sinónimo de buen sentido, de recto juicio, o sea, de hábito intelectual, de virtud moral ejercitada y discreta, severa y prudente, ponderada y ecuánime, para discernir la verdad, para percibir con claridad y atingencia ni más ni menos que el enlace real de causas y efectos, y para saber disipar opiniones caducas y pareceres apasionados.

La narración histórica no ha de semejar un esqueleto descarnado y seco, sino antes bien ha de parecer un organismo viviente y hermoso; ni ha de vestir de pedestre y vulgar estilo, sino de frases y periodos nobles y gallardos; sin que esto empezca (*sic*) a la verdad rigurosa del relato. Así la forma interna y externa es el reflejo de la cultura filosófica y literaria del historiador.

Ahora bien, cuanto hemos dicho se condensa en la filosofía verdadera y aplicada, presupuesto que la filosofía es, en el orden humano, el más profundo conocimiento de las cosas, es decir, de Dios, del mundo y del hombre; es la más alta disciplina del espíritu; es la luz refulgente que alumbra y dirige las operaciones del entendimiento, de la voluntad y de los sentidos; el valladar que reprime los desordenados ímpetus de las pasiones; el lastre que modera los desatentados vuelos de la loca fantasía, forma el criterio, suministra los métodos, induce y deduce las leyes de la historia y de la sociología, y pule y embellece la enunciación de las ideas y de los sentimientos. Sin embargo, para evitar cualquier error, diremos, de paso, que el hombre es un ser elevado al orden sobrenatural, caído y redimido, que necesita la luz de la fe y el impulso, el concurso y la vida de la gracia.

La filosofía, cuyas prerrogativas acabamos de enumerar, y que tanto influye en la intelectual arquitectura de la historia, no es precisamente la filosofía de la historia. Entiéndese por ésta la ley o conjunto de leyes, científicamente halladas, que preside a los acontecimientos; es decir, es la ciencia que indaga si a través de la realización, combinación y sucesión de los mismos, se desarrolla un plan uno y armónico, si se camina siempre en pos de un fin por medio de leyes que se van cumpliendo, a pesar de las tempestades suscitadas por las pasiones, y de las vicisitudes más o menos hondas que padecen en su penosa peregrinación los

pueblos y la humanidad entera; explica las retrogradaciones temporales o parciales, y prevé y predice racionalmente el porvenir.

Vico y su escuela formulan sus leyes, pero de carácter fatal y positivista, que son una especie de anticipación de los tres estados empíricos de Comte. Según el filósofo napolitano, los pueblos pasan invariablemente del estado teológico y teocrático al heroico y de tiranía, y de éste al de cultura y civilización. Para el filósofo de Koenisberg (*sic*) existen tres estados en la humanidad, el teológico, el metafísico y el positivo o científico. En sentir del primero, la humanidad retrocede a recomenzar su fatigosa odisea. A juicio del segundo, el estado científico es definitivo.

Mas, la verdadera filosofía, aquella que está en consonancia con la fe y la religión, busca, y halla, la única, la conveniente, la satisfactoria, la racional concepción de la historia; a saber, la Providencia.

En efecto, hay un solo Dios omnipotente, autor de todo cuanto existe; hay una humanidad que es su obra predilecta sobre la tierra; hay un hecho que explica suficientemente las humanas miserias, que es la caída original; hay un fin a que está destinado el hombre, que es la felicidad temporal y eterna; hay un grande acontecimiento que todo lo abarca maravillosamente, lo pasado, lo presente y lo futuro, y es, la Redención, el Cristianismo.

Antes de Jesucristo los sucesos todos prepararon, directa o indirectamente, su advenimiento y con meridiana evidencia demostraron la necesidad de su venida.

Jesucristo es el Verbo Divino humanado; es el sol de verdad y de justicia que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; es el camino, la verdad y la vida; es el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, y de los hombres entre sí; es la piedra angular no sólo de la Iglesia sino del edificio social; su doctrina y su moral son de infinito amor; el amor de Jesucristo es riqueza en la pobreza, es sonrisa en el llanto, es gozo en el dolor, es esperanza en el destierro. Por todo esto, con Jesucristo la humanidad se explica y la historia se ilumina; al paso que sin Jesucristo la humanidad es cadáver corrompido, y la historia es un caos inextricable. Aquende el Calvario los sucesos humanos demuestran la imperiosa necesidad de la doctrina, de la moral y del reinado de Cristo, por manera que los individuos, los pue-

blos y la humanidad, tanto más se acercan al ideal de la civilización y de la felicidad, cuanto más espiritual y prácticamente son cristianos.

Fuera de la concepción católica de la historia, que siempre ha tratado de aceptar e incorporarse cuanto hay de racional, y de sano, en las nuevas orientaciones y progresos de la filosofía y de las ciencias, los sabios impíos han seguido otro camino. El siglo XVIII quiso ser crítico y racionalista; el XIX se pavoneó con las ínfulas de científico y positivista; vanidoso, hasta rayar en ridículo, se apellidó a sí mismo “el Siglo de las Luces”. Para él fue una especie de manía la “evolución”, y aplicándola a la historia repudió todo supernaturalismo, y aun espiritualismo, cuanto al origen constitutivo del hombre, a la providencialidad en la vida de los pueblos y a todo fin ultraterreno. Para los flamantes sabios, la materia es eterna, la vida comenzó por generación espontánea, por la aparición casual del protoplasma, que inició su evolución ascendente, la continuó en medio de la lucha por la vida y del triunfo del más apto, hasta llegar a la vida sensitiva y a la racional pasando por el mono —que creen es el padre inmediato del hombre primitivo—, y va no saben a dónde, porque el progreso, según ellos, es indefinido.

Tema, en la historia, es el punto concreto o la materia definida de que trata el historiador en el libro, en el periódico o en la cátedra.

Ahora señalaremos sólo las más importantes ciencias auxiliares de la historia.

La heurística, que es el conocimiento científico de las fuentes; y éstas son los elementos de donde toma el historiador la materia de su narración y las pruebas de sus asertos, negaciones, opiniones y conjeturas. Las fuentes de más valía suelen ser los documentos públicos o privados, manuscritos o impresos, códices o textos, de preferencia contemporáneos o de épocas más inmediatas a los acontecimientos, y siempre de personas que por su carácter, posición social u otras circunstancias, debieron, pudieron y quisieron estar bien informadas; escritos de autores concienzudos y verídicos; la tradición oral o ya por escrito consignada; los monumentos, así como restos humanos, ruinas, edificios, medallas, monedas, lápidas y estatuas.

La diplomática, que directamente se ocupa en probar y com-

probar la autenticidad de los documentos. Esta ciencia se ayuda de la paleografía, que es el arte de leer las escrituras y caracteres antiguos. Se sirve también de la filología, que es el conocimiento de las lenguas, o de las diversas etapas de una misma lengua, en que estén escritos los documentos que se van a utilizar.

Para cierta clase de estudios históricos, es más o menos indispensable saber la geografía en sus diferentes ramificaciones; la cronología, que es la ciencia de la división del tiempo; la etnología, que versa sobre la formación de los caracteres físicos, intelectuales y morales de las razas humanas; la antropología, que se ocupa más concretamente del hombre; la paleontología, que estudia los fósiles o restos orgánicos metamorfoseados por acción y proceso geológico; la misma geología, que conoce de los materiales que componen el globo terráqueo; y la arqueología, cuyo objeto son los monumentos o utensilios antiguos.

Por razón del objeto, el estudio se llamará prehistoria si el relato es de acontecimientos anteriores a la historia documentada, y aquí entra el más exquisito criterio para entresacar la verdad, o lo verosímil, de entre la niebla de la fábula, de la leyenda y del mito. Será historia propiamente dicha la que definimos al principio, y ésta, por el tema, si se ocupa en un solo personaje, se dirá biografía; si se limita a un solo objeto o actividad determinada de un pueblo, a una ciudad, a una ciencia, a un arte, a un acontecimiento, se denominará monografía. Por fin, la historia misma se connotará de algún modo según su amplitud o complejidad, como cuando es historia de la religión, de la Iglesia, de una nación, de una raza, de un continente, de la humanidad, y, en este último caso, desígnase con el nombre de historia universal.

Cuanto al fin que el escritor se propone, suele dividirse la historia en narrativa, si simplemente quiere contar los hechos, como lo hacían en sus crónicas los escritores de la Edad Media; en pragmática, que equivale a docente o tendenciosa y moral, porque el autor procura por medio de ejemplos enseñar a practicar el bien y a evitar el mal; y genética, o sea causal y razonada, porque narra los hechos, inquiriere sus causas, señala sus verdaderos efectos y da lecciones para el porvenir.

También por razón del tiempo recibe la historia diversos nombres, y así, llámase diario, cuando relata los sucesos de cada día, como las *Noticias* de Sedano y el *Diario* de Guijo entre los nues-

tros; efemérides, si se consignan los acontecimientos de varios lugares en la misma fecha, como las de Guanajuato, escritas por el padre Marmolejo, y las del *Calendario* de Galván, que nos son tan familiares; anales, si la relación se hace por años, como *Los tres siglos de México*, por el célebre padre Cavo; crónica, si más se sigue el orden de los tiempos que el de los hechos, como las bellas, ingenuas e inestimables crónicas del padre Pareja, del padre Larrea, del padre Basalenque; o, finalmente, añádese al nombre de la historia el periodo de tiempo que abarque, como “de la dominación española”, “de la guerra de tres años” en nuestra patria.

Todo esto se pide al historiador, señores, pero notad, en primer lugar que, por una parte, no se le exigen sino en grado muy alto, o por lo menos, proporcionado, las mismas condiciones que se requieren hasta en una sencilla pero culta conversación: saber de qué se trata, pensar con cordura o con recto y sano criterio, y hablar correctamente.

En segundo lugar, las dotes, así naturales como adquiridas, que hemos indicado es imposible que se encuentren reunidas en un solo hombre, siquiera sea de tan privilegiado talento como san Agustín, santo Tomás, Pico de la Mirándola, César Cantú y Menéndez Pelayo; ni quizá en una academia, por más que se intitule “de la historia”, en cuyo seno se encuentren los varones más eminentes del mundo. Por eso es que suponemos tales dotes, repartidas en diferentes grados de extensión e intensidad, en varios historiadores de ciencia y de verdad; creemos que, después de algunas monografías e historias particulares, de que se estudie el mismo tema bajo diversos aspectos, viene un ingenio claro, comprensivo y bien equilibrado que, concentrando en sí una vasta y profunda erudición, y con delicada y certera crítica, forma una síntesis, en que refulgen la verdad y la belleza.

De cuanto hemos dicho dedúcese que el estudio de la historia es necesario, obligatorio, imprescindible a los sacerdotes, a los legisladores, a los gobernantes y, en general, a las clases directoras, de las cuales dependen muy directamente la vida y el porvenir de los pueblos. Y se deduce, no menos, que el conocimiento de la historia es digno de toda persona que se precie de culta.

Por lo demás, nos propusimos describir el ideal de la historia;



toda ciencia, toda arte tiende a un ideal, y el sabio o el artista que más se acerquen a él merecerán más de la ciencia y de la estética.

No descenderemos de esta tribuna sin cumplir con el deber de dar pública y solemnemente las gracias más rendidas, a Dios Nuestro Señor y a los santos patronos de este Seminario, por todos los beneficios que al establecimiento se han dignado impartir durante el curso escolar. Cordialmente felicitamos a los superiores, por el celo que han desplegado en difundir y sostener la piedad y la disciplina en los alumnos; a cada uno de los catedráticos, por el esmero que han puesto en cultivar las inteligencias de sus respectivos discípulos; y a los jóvenes seminaristas, por su docilidad, su aplicación y sus triunfos.

Amados hijos del seminario: no desertéis de la carrera por frívolos pretextos, no desmayéis en el trabajo, ya que la consecución del fin es el premio de los afanes y de la constancia. Apresaos a recibir en vuestras manos la inmaculada bandera de la honra del clero leonés, para sostenerla siempre enhiesta hasta el sacrificio de la vida en el sagrado ministerio, y para transmitirla cual rica herencia a la nueva generación sacerdotal que venga en pos de vosotros.

He dicho.



DISCURSO
SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA
para la distribución de premios
del Seminario de León, el 15 de agosto de 1923

Venerables sacerdotes:

Muy amados seminaristas:

Señoras y señores:

ES INDUDABLE que en cada nación civilizada existe un grupo, acaso no pequeño, de eruditos historiófilos y de curiosos historiógrafos, que tratan, los unos, de acumular toda suerte de documentos y libros que los ilustren en la historia; los otros, de inquirir serenamente la verdad acerca de los acontecimientos pretéritos y de interpretarla con recto criterio.

No es menos cierto que existen, en mucho mayor número, escritores y, sobre todo, lectores, que desconocen, o que olvidan, las austeras enseñanzas de la filosofía de la historia, o las severas reglas de la crítica histórica, y que, en consecuencia, miran los sucesos a través del espíritu de partido, y de las llamas y humareda de las pasiones personales, de donde proviene que los interpretan mal y que contribuyan a vulgarizar mentiras bajo el augusto nombre de la historia, suponiendo intenciones que no existieron y forjando explicaciones arbitrarias.

Evidente prueba de lo que decimos es nuestra aún fragmentaria historia nacional, que se ha venido escribiendo desde los albores del pasado siglo. En efecto, ¿quién no ha oído en las escuelas, en los discursos patrioteros y en las peroratas de club, o quién no ha leído en periódicos, en folletos y hasta en libros, horrendas diatribas y huera declamaciones contra la barbarie de la conquista española; contra la ignorancia, tiranía y esclavitud del periodo colonial; contra las supuestas traiciones y la conducta monstruosamente antipatriótica del clero desde la independencia hasta nuestros días?

Por fortuna ni en los instantes más críticos de exaltación de los

espíritus, han faltado escritores u oradores que, con heroico valor civil, han sabido sobreponerse al torbellino de aquellos partidos y pasiones, y han dicho la verdad, y ni más ni menos que la verdad.

Ahora mismo acaban de ver la pública luz tres obras de grande aliento y de inestimable valía que son:

Los dos primeros tomos de la *Historia de la Iglesia en México*, escrita por el M. R. P. don Mariano Cuevas, S. J.; trabajo a la vez analítico y sintético que constituye una epopeya, no lírica sino documentada, de la Iglesia en nuestra patria.

El volumen segundo de la *Historia de México*, debido a la pluma de monseñor doctor don Francisco Banegas y Galván. Es sólo la parte que se refiere al libertador don Agustín de Iturbide, a quien la patria mexicana le debe la independencia.

Prehistoria de México, libro que en todas sus páginas denuncia la férrea constancia del autor, la paciencia benedictina, la erudición pasmosa y el profundo talento crítico del ilustrísimo señor don Francisco Plancarte y Navarrete, quien, con paso firme y seguro, penetró en el intrincado laberinto de las cosmogonías, teogonías, mitologías, etnologías y cronologías, pues son varias según las diversas tribus y naciones, para deducir las más probables conclusiones acerca de los orígenes y peregrinaciones de los primeros pobladores del suelo mexicano.

Os aseguro que cavilé no poco sobre el tema que había yo de preferir para desarrollarlo esta noche ante vosotros, porque siempre busco un asunto que por su intrínseco interés, y por su poder y eficacia educativa, concentre vuestra respetable y benévola atención, cubriendo y disimulando la ninguna gallardía de la forma literaria con que pueda yo revestirlo. Recordé que la última vez que en igual ocasión a la presente tuve el gusto y la honra de dirigiros mi desaliñada palabra, esto es, en la función de premios efectuada el 23 de diciembre de 1922, leí una modesta disertación que versó acerca de la noción general de la historia, de sus grandes divisiones, de sus elementos internos y externos, de los conocimientos auxiliares y, en fin, de la historia como ciencia; y quise, y deseo ampliar, que no completar, aquel estudio, hablando esta noche de la filosofía de la historia y del criterio de la historia.

Una de las supremas divisiones de los humanos conocimien-

tos es en especulativos y prácticos, según que aquéllos se limiten a la simple contemplación de la verdad, a la posesión de la verdad por el entendimiento; o según que tales conocimientos tiendan, por su naturaleza, a dirigir los actos de cualquiera de las facultades, o el ejercicio de cualquiera de las actividades del hombre.

Yo diría, en otras palabras, que la ciencia y el arte, la ciencia, que preside a la formación del arte, y el arte, que consiste en la aplicación de la ciencia, son algo así como las supremas categorías de los conocimientos humanos.

Dar reglas para ejecutar bien alguna cosa, y practicarlas convenientemente, es el objeto del arte. Por esto es que el arte, sintéticamente considerado, es un conjunto metódicamente ordenado de reglas para hacer bien alguna cosa.

Estudiar una realidad, un fenómeno cualquiera, perceptible por la experiencia interna o externa, pero indagando su verdadera causa inmediata, o sus efectos; formular juicios y comprobar su verdad por medio de la experimentación; y hasta formular alguna ley o leyes, aplicando lógicamente el método inductivo o deductivo; todo esto es propio de la ciencia tomada en lato sentido.

Conocimiento científico es una verdad cualquiera, pero conocida por demostración.

Ciencia, sintéticamente considerada, es un conjunto metódico de verdades relativas a un objeto, debidamente enlazadas entre sí y con sus respectivos principios de suyo evidentes, y que, por lo mismo, no requieren demostración, antes sirven de luz para el raciocinio demostrativo.

Cuando la inteligencia traspasa la esfera de los fenómenos y de sus causas y efectos inmediatos, para penetrar en la naturaleza misma del fenómeno, del accidente, de la propiedad, de la naturaleza y esencia de alguna cosa, encuéntrase entonces en el vasto campo de la filosofía.

Por tanto, conocimiento filosófico, en general, es el conocimiento de una verdad por sus principios superiores.

Filosofía es el conjunto, metódico y lógico, a la vez que racional y científico, de las verdades que tienen por objeto al mundo, al hombre y a Dios por los más profundos y elevados principios racionales.

Imposible sería hacer caber, dentro de los reducidos lindes de

una oración de premios, la explicación minuciosa de las definiciones que acabáis de escuchar; mas, de intento he procurado hacerlas descriptivas, a fin de darles mayor claridad al enunciarlas, y que sean inteligibles aun para los que no han frecuentado las aulas filosóficas.

Lo dicho basta para que se vea que la filosofía va más allá de las ciencias físicas; que ella constituye su base; que las rige y gobierna en sus procedimientos; que es su piedra de toque; por lo cual se la ha llamado metafísica, ciencia trascendental, ciencia de los principios y de los métodos, ciencia de las causas supremas, ciencia de las ciencias, ciencia por antonomasia, y sabiduría. Y no han faltado sabios que, exageradamente enamorados de la filosofía, la hayan considerado como la enciclopedia de todos los conocimientos; pero no, ella en sí es una ciencia autónoma con su objeto material y formalmente distinto y propio.

La facultad y la propensión a filosofar es innata a la humana inteligencia: por esto, en todos los hombres, aun en los menos cultos, adviértense destellos de filosofía en sus rudimentarios discursos; y por esto, también, el gran Estagirita inicia sus inmortales disquisiciones metafísicas con estas solemnes palabras: “Todo hombre desea naturalmente saber”, y las hace suyas santo Tomás de Aquino. No es otra la filosofía natural.

Pero yo trato de la filosofía formal y científicamente considerada; de la filosofía que, objetivamente, es un cuerpo de verdades y de doctrinas, y que, subjetivamente, es el conocimiento y posesión de esas mismas verdades y doctrinas por el entendimiento.

La especial aplicación de la filosofía a la historia es lo que se denomina filosofía de la historia; verdadera filosofía de la historia como arte y como ciencia. Mas la dicha aplicación puede efectuarse de distintas maneras, de las cuales las más importantes son las que siguen:

1ª La filosofía se aplica a la historia proporcionando a ésta los métodos de investigación y comprobación de los hechos pasados; de comparación e interpretación de los documentos y de toda clase de monumentos; de apreciación de los juicios, pareceres y opiniones de los escritores que se han ocupado en el asunto, habida razón de las cualidades personales y de las circunstancias de tiempo y de lugar; y, en fin, enseña el procedimiento que se ha de seguir en el discurso y en la exposición

analítica y sintética, en la construcción formal y material de la historia.

2ª La filosofía de la historia guía para seguir una lógica rigurosa en el estudio de las relaciones, o sea, en el encadenamiento de los hechos con sus positivas y verdaderas causas naturales, intencionales y libres, y con la economía de la Providencia. Lo mismo se ha de decir cuanto al enlace de los hechos con sus efectos en el orden intelectual, con sus consecuencias en el terreno moral, político, económico, según la índole de los hechos que se indaguen o se relaten.

3ª La filosofía de la historia ilumina el camino para observar y señalar la finalidad inmediata de las causas naturales o libres, el fin trascendental y providencial de los sucesos en los individuos, en los pueblos, en las razas, en la humanidad.

4ª La filosofía de la historia ayuda a deducir las enseñanzas que da el pasado para dirigirse en el presente, y para prever el porvenir en pro de los mismos pueblos, de las razas y de la humanidad.

En pocas palabras, la filosofía de la historia provee a la razón humana de medios científicos para investigar del mejor modo, y hallar, en lo posible, la verdad histórica de los hechos, en sus relaciones y en sus leyes; para construir; esto es, para narrar la historia, sea de viva voz, sea por escrito; y para formar el hábito intelectual llamado *criterio histórico*.

Criterio, en general, es un medio para conocer la verdad.

El criterio es, o natural e innato, o artificial y adquirido; el primero es una facultad del entendimiento, proporcionada por el Divino Autor de la naturaleza, para que la razón esté segura de haber hallado la verdad, y de estar en posesión de ella. El segundo es un hábito intelectual adquirido por educación del entendimiento.

El criterio, por su naturaleza, se relaciona con la certidumbre. La certidumbre es uno de los estados, y el principal estado de la inteligencia respecto de la verdad; y es el convencimiento, el sentimiento fundado de que se conoce precisamente la verdad.

Conviene no olvidar que hay varias clases de certidumbre; la metafísica, que se apoya en la naturaleza misma de las cosas; la física, que descansa en las leyes de la naturaleza; la moral, que, como dice el cardenal González, se basa en las leyes del derecho natural, en las leyes humanas dignas de este nombre, en las cos-

tumbres legítimas, en el testimonio y autoridad. El insigne Balmes añade la certidumbre de sentido común, que se funda en el curso ordinario de los sucesos. Y debe tenerse en cuenta que no siempre la certidumbre es el patrimonio de la razón, sino que ésta suele estar en ignorancia acerca de la verdad, o en duda, o en simple opinión.

Los criterios o fundamentos racionales de la certidumbre, en el orden humano, son la conciencia, el consentimiento común, los sentidos externos, la autoridad humana, el sentido común y, sobre todo, la evidencia, como criterio particular, y como luz que resplandece en todos los demás criterios.

El genial autor del precioso libro intitulado *El criterio*, clasifica maravillosamente, e ilustra con prácticos ejemplos, los objetos que pueden caer bajo el dominio del conocimiento humano, para enseñar a aplicar con rigor, con rectitud, con acierto, cada uno, o varios, o todos, los indicados criterios.

Lo cierto es que existe una suma de reglas precisas y, en cuanto cabe, seguras para educar el entendimiento, a fin de que resulte, no tímido sino precavido, no temerario sino cuerdo, no apasionado sino imparcial, no obscuro y nebuloso sino claro y sereno, sujeto siempre a la recta razón, al buen sentido, al nunca bien ponderado sentido común, tan hermoso, tan importante, tan útil, tan necesario y, por desgracia, tan raro, pues alguien ha dicho con suma atingencia que “el sentido común es el menos común de los sentidos”.

Así como existe la verdad objetiva, independientemente del entendimiento, y que se confunde con la misma realidad de las cosas, de semejante manera debe haber un criterio histórico objetivo, real, ontológico, absoluto.

El criterio histórico, pero subjetivo o ideal, consiste en la conformidad de la apreciación o interpretación de los hechos, relaciones y leyes con el criterio objetivo, o con la realidad a que se refiere la apreciación o interpretación racional de los mismos hechos, relaciones y leyes.

Un entendimiento naturalmente bien equilibrado de suyo, y, en seguida, bien penetrado y mejor educado en las disciplinas filosóficas, habituado a la inflexible rectitud de juicio, ejercitado en pesar sus juicios en la balanza del sentido común, está, sin duda, en óptima aptitud para discernir la verdad entre la reali-

dad y las apariencias, entre lo esencial y lo accidental, entre el fondo y la forma, entre la ciencia y la hipótesis, entre la demostración y el sofisma.

El hombre de recto criterio histórico no afirma, ni niega, ni duda, sino con pruebas; no prescinde sistemáticamente de lo que es humano, de lo que fue la época y el lugar, ni de las circunstancias del momento en que los sucesos pasaron o se narraron, porque todo esto influye ordinariamente en los acontecimientos mismos, y en el modo de narrarlos o de apreciarlos.

El buen criterio histórico se aplica en la recta crítica histórica, y ésta, a su vez, versa sobre los escritores y sobre los documentos. Cuanto a los escritores, no pierde de vista las condiciones del medio ambiente en que vivió el historiador, el fin que éste se propuso, la escuela en que se educó, el partido en que militó, y siempre procura tener en cuenta el talento, la veracidad y el carácter del historiador.

Respecto de los documentos, suelen presentarse tres cuestiones, a saber, ¿son auténticos, o del escritor a quien se atribuyen?; ¿son genuinos o están tales como salieron de las manos del autor, sin mutilaciones, sin interpolaciones, sin variaciones de palabras y de frases?; ¿cómo deben interpretarse o cuál será su verdadero sentido?; pues, por el contrario, los documentos pueden ser apócrifos, o adulterados, o, por lo menos, mal leídos y peor entendidos. Con el acopio de tales datos, se podrán formar argumentos verdaderamente positivos, o negativos, o de simple presunción, o de hipótesis.

Por desgracia, lo más común es leer o escribir sin escrúpulo de ninguna especie, antes dejándose dominar de las preocupaciones de carácter, de escuela o de partido, sin saber sobreponerse a las pasiones individuales, o de pueblo, o de raza, o de la pobre humanidad caída.

Lo contrario al sano criterio es el sofisma, y también hay sofismas en la historia.

Sofisma, en general, es cualquier juicio o raciocinio que adolece de algún vicio lógico, por donde el juicio o el raciocinio resultan erróneos, con malicia, y aun sin ella.

El sofisma se distingue de la falacia en que ésta, además de ser sofística, supone la intención de engañar, o sea, de decir una mentira encubierta con los atavíos de la verdad.

Sería por demás curioso, entretenido y útil hacer un estudio especial de los sofismas en historia. Son tantos, tan fácilmente se deslizan, aun a los escritores más ponderados; tanto se escriben, tanto se repiten, y tan candorosamente se creen, que llegan a darse por personajes y por hechos reales, los que a veces son meras creaciones de la fantasía; y los más crasos disparates históricos corren sin tropiezo por las mentes y los labios del vulgo. Mas no olvidemos una feliz observación del crítico y satírico Feijoo: que también existe un muy respetable vulgo en el campanudo gremio de los que se dicen o de los que pasan por sabios.

Señalaremos ahora algunos de los sofismas, siquiera los más comunes.

1° Esto fue después de aquello, luego fue por aquello; este sofisma consiste en suponer relación de causa y efecto, cuando acaso no hubo sino la sencilla sucesión de los hechos; lo que solemos llamar coincidencia.

2° Señalar como causa eficiente, o material, o formal, o final, u ocasional de un acontecimiento, lo que en realidad no fue; o también dar primacía a una causa que en realidad no la tuvo.

3° El apriorismo, que consiste en adelantarse a juzgar, dando por hecha una cosa, o explicándola sin pruebas ni documentos fehacientes.

4° El juzgar por el sentimiento o por el corazón, si no es que precisamente se trate de una razón psicológica.

5° El dejarse llevar del predominio de la fantasía, en los casos en que sólo debe hablar el frío raciocinio.

6° El anacronismo, sofisma en que se incurre siempre que se pone un hecho fuera del tiempo en que pasó realmente, o cuando se le juzga según ideas o doctrinas anteriores o posteriores al acontecimiento.

7° El cambio de situación, que es cuando se supone que el suceso se efectuó en otro lugar o en otras circunstancias que las que fueron en realidad.

8° La no verdad por verdad, o la no ciencia por ciencia; pues nunca se repetirá, suficientemente, que jamás deben confundirse la verdad y la ciencia con la hipótesis, por hermosa y deslumbradora que ésta aparezca.



He terminado, señores. No sé si habré acertado a expresar mis pensamientos, y, sobre todo, ignoro si lo habré hecho con la debida claridad; creo, empero, que a través de mis palabras, bien o mal dichas, por lo menos refulgirán con luz meridiana estas ideas: que la historia no es una novela; que no se puede escribir a capricho; que ha de ser eminentemente verdadera, razonada y justa; que hay mucho, muchísimo, escrito con la pretensión de ser historia, y que, sin embargo, carece más o menos de alguna, de algunas o de todas las cualidades mencionadas; que estamos plagados de vulgaridades y, en fin, que hay que leer con menos candor y con más discreción.

He dicho.